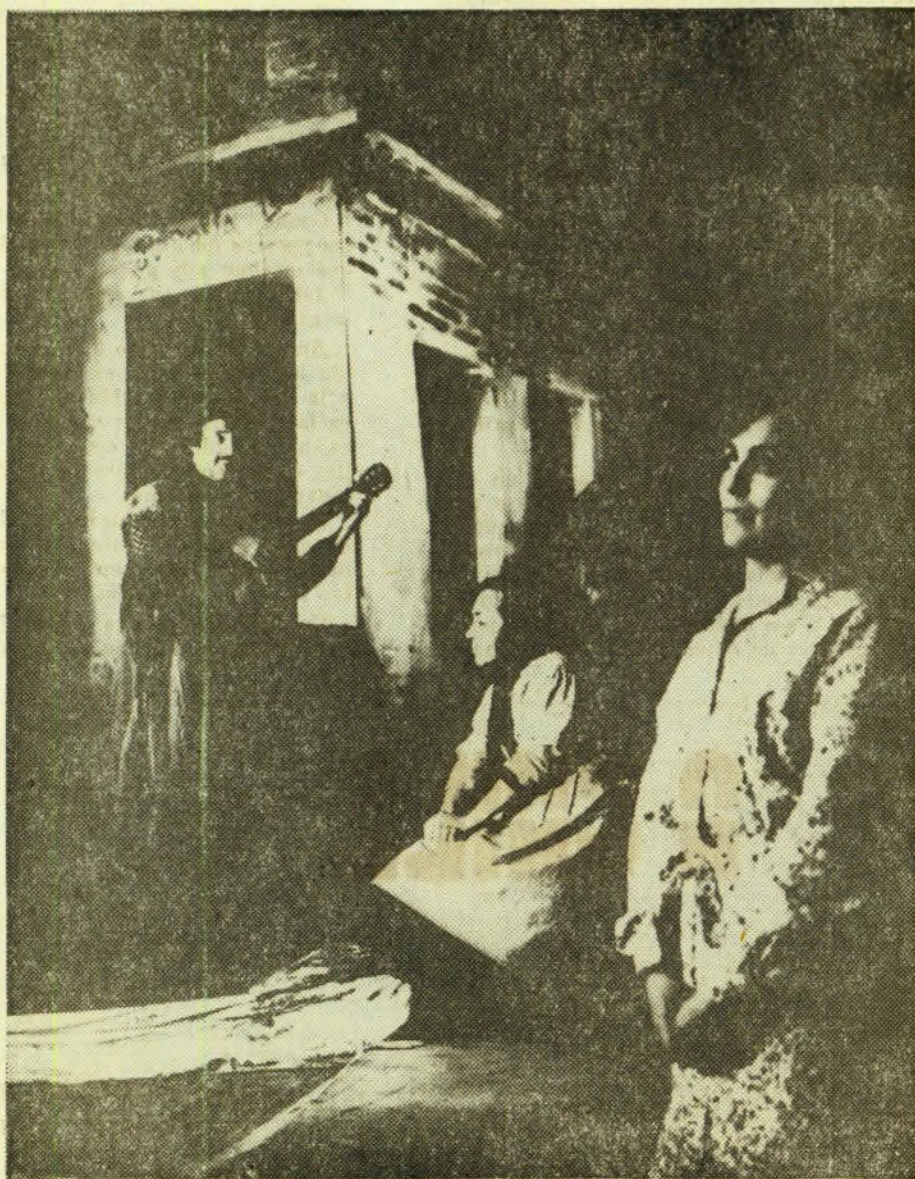


los personajes protagónicos de las "crónicas" de justino zaVala muniz

ARTURO
SERGIO
VISCA



Los grandes maestros de la novela rusa del siglo XIX y comienzos del XX —Puskin, Gogol, Dostoiewski, Tolstoi, Turguenieff, Chejov, Gorki, Andreiev.... —construyeron un mundo imaginario, literariamente barroco y

humanamente verdadero, en el cual brindaron una versión del ser humano donde la complejidad interior y el misterio revibran página a página casi restallantemente. Cada personaje es, en esas obras, una síma psicológi-

ca, un intrincado laberinto cuyo tránsito requiere no uno sino mil hilos de Ariadna. Las más violentas íntimas contradicciones se dan en los personajes, iluminándolos ya con luces angélicas, ya con fulgores diabólicos. La intensidad creadora de los maestros citados, y el formidable modo de conocimiento de lo humano constituido por sus novelas, impuso, durante mucho tiempo, la idea de que ese carácter complejo, contradictorio y misterioso de sus personajes era privativo de la novela rusa porque ésta reflejaba, con precisión, caracteres también peculiares y privativos del alma eslava. ¿Es ésto exacto? A mi juicio, la complejidad, la vivencia de lo contradictorio y la misteriosidad es la sustancia misma del alma humana en general, no de la eslava en particular. En la eslava, sin duda, esos rasgos asumen formas peculiares, adquieren expresiones específicas que, luego, se reflejan en la obra de sus novelistas. Pero, con modos diferentes, los mismos rasgos aparecen en la gran novelística de cualquier tiempo y lugar, del mismo modo que, según la vida nos alecciona, se dan, incluso, en el hombre viviente de apariencia más humilde.

Las afirmaciones que anteceden son válidas, con más razón, si las referimos a los personajes protagónicos de las tres "crónicas" — *Crónica de Muniz* (1921), *Crónica de un crimen* (1926) y *Crónica de la reja* (1930) — de Justino Zavala Muniz. Esos personajes ofrecen a plena luz tres maneras del sustancial y siempre renovado misterio que es el alma humana. Y ofrecen, además, un interés singular. El paisaje humano es muy variado. Está constituido por formas muy diversas y, como el paisaje en la naturaleza, permite percibir en él una gama muy rica de matices. Pero, a veces, entre esa diversidad es posible tender líneas de relación que vinculan lo aparentemente más lejano y entre sí antagónico. Tal ocurre con los tres personajes protagónicos de las "crónicas". Cada uno de ellos es un tipo vital y social distinto y encarnan modos dispares de vida. Y, sin embargo, hay entre ellos vínculos que secretamente los relacionan.

Crónica de Muniz nace del fervoroso deseo de reivindicar la memoria de Justino Muniz, a quien más de un escritor trató duramente. Entre ellos, Javier de Viana, en su libro *Con divisa blanca*. Este es el impulso inicial, la motivación íntima personal, la causa, diré así, circunstancial. Pero el logro obtenido por el escritor trasciende lejos lo que era dable esperar de sus intenciones iniciales. Recojo de una conversación mantenida con el autor de las "crónicas", unas palabras que me parecen esclarecedoras. *Crónica de Muniz*, afirmó, no está dirigido, en su contenido sustancial, contra Javier de Viana; está dirigido, aunque no con explícita mención, contra el *Facundo* de Sarmiento. En efecto: *Crónica de Muniz*, por una parte, rebate, de peculiar manera, la tesis sarmientina sostenida en *Facundo* o *Civilización y Barbarie*, y por otra, crea, con clara dimensión histórica y densa visión humana,

una figura representativa del caudillo campesino platense. Sobre el primer aspecto no voy a extenderme demasiado. Sólo diré que Sarmiento, en su *Facundo*, explaya una íntima contradicción personal: defiende lo que entiende por civilización —las formas de vida y los modos del progreso elaborados en Europa— y condena lo que entiende por barbarie, los modos vitales del gaucha, del ser naturalmente crecido en las llanuras del Plata. Opone aquella civilización a esta barbarie. Pero, en lo hondo de sí, esa barbarie que condena lo atrae y de algún modo se siente insertado en ella. "*Facundo y yo somos afines. Soy Doctor Montonero*", expresó en algún momento. (8) En *Crónica de Muniz*, no se alega discursivamente contra la tesis de Sarmiento, ni se procura defender dialécticamente la "barbarie" contra la "civilización", sino que se muestra como esa "barbarie" comporta en sí su justificación social e histórica y se hace ver que hay en ella auténtica grandeza, élan vital creador, impulso no sólo utilizable sino inalienable también para la formación de una genuina nacionalidad. En esa "barbarie" están los gérmenes de un futuro, y debe ser orientada, no destruida. Es el humus original y sustancial donde necesariamente hemos de asentarnos. En pocas palabras: Zavala Muniz explica, justifica y muestra a plena luz la real nobleza de ese gaucha que Sarmiento llevaba, también, en algún hueco de su corazón. De esta nutricia savia, rica en jugos no de barbarie sino de fuerza vital, se alimenta el caudillo de las colectividades campesinas platenses y del cual el protagonista de *Crónica de Muniz* constituye uno de los tipos representativos. ¿Cómo es la figura que surge de esas páginas, cuáles son los perfiles que la diseñan? No interesa subrayar aquí los pormenores concretos de su vida. En las pá-



ginas escritas por el nieto, el lector verá levantarse íntegramente la vida del abuelo, desde su nacimiento, en las costas del Sauce de Olimar, el 5 de setiembre de 1838, hasta su muerte, ocurrida 77 años más tarde, el 5 de diciembre de 1914. Entre ambas fechas, queda sólidamente esculpida la vida del caudillo. El lector lo verá en sus años de formación; lo verá en las rudas faenas del campo **"en las lidias de las hierras y en los apartes de ganado para la venta"**; lo verá, también, cuando, apenas cumplidos los 20 años, enfrenta, porque así lo exigen su dignidad y su hombría, al temible Felisberto **"Pelo Largo"**, y, en fiero duelo, lo despoja de su prestigio de invencible; lo verá, por fin, cuando, en actitud tradicionalmente gaucha, rapta a la que será su esposa, Eufemia Rodríguez, salvando así la absurda oposición de los padres que pretendían casarla con un gallego pulpero. Y, sobre todo, quedará dibujada ante los ojos del lector la imagen del aglutinador de hombres que, patriarcal en la paz y resplandeciente de coraje heroico en la guerra, supo ponerse cara a cara ante la muerte en Las Rengas, Corralito, Sauce, Arbolito. Estos son unos pocos de los muchos pormenores de la vida de Justino Muniz que la **"crónica"** pone ante los ojos del lector. Pero estos pormenores son como el primer plano del cuadro, lo bien plásticamente visible de él. Una especie de aureola se percibe por detrás, y el lector siente que esa aureola lo nimba de un halo enigmático y, por lo mismo, poético, y sin que ello destruya, sin embargo, su veracidad histórica. Ese nimbo enigmático y poético surge de los rasgos reales del caudillo mismo. Porque, en verdad, el caudillo campesino platense es una figura compleja, y por compleja enigmática y, por lo mismo, poética. ¿Qué hay en el fondo de esas almas, cual es su sustancia más secreta? Su figura es explicable si la explicación se atiende al juego de las fuerzas históricas, políticas y sociales en medio de las que actúa y que, en cierta medida, lo determinan. Más tarde este primer plano o nivel de enfoque se descubre en el caudillo una dimensión humana más profunda y ceñida por una luz de misterio. Hay allí, sin duda, un alma en ocasiones primitiva pero no simple. Su centro es el coraje experimentado como forma de una profunda conciencia de lo viril. Pero a ese centro confluyen muchas fuerzas anímicas de signo distinto. El desprecio por la propia vida y la ajena no impide la presencia de la más simple y conmovedora ternura; la más inconvencible serenidad ante situaciones límite que ponen a prueba su entereza no excluye, en otros momentos, el arranque pasional en que un hombre todo se lo juega, incluso la propia vida, de un solo golpe, poniendo a la luz una fiera soberbia; la astucia más penetrante, la sagacidad psicológica más fina para entender y atraer a los hombres no le inhibe de la más ingenua adhesión a quien será capaz de engañarlo; la más clara visión intuitiva de delicados problemas políticos y sociales puede ir unida a la total



falta de formación cultural. Con sólo un ejemplo deseo ilustrar estas contradicciones. En Arbolito, Muniz contesta con un **"¡Que se haga matar!"** al pedido de instrucciones que un viejo camarada y lugarteniente le manda pedir, mientras que él mismo, Muniz, siente llover indiferente a su alrededor las balas, pero, y siéntase el contraste, en unas líneas del prólogo, se lo muestra, patriarcal y tierno, **"galopando por las cuchillas de su heredad, bajo el sol o la lluvia"**, para traer a una nieta enferma **"los frutos que daban los duraznos de su quinta"**. ¿Desde qué oscuras, enigmáticas raíces del ser crecen los rasgos que entrecruzados forman la textura visible del alma del caudillo? La figura del caudillo campesino platense, repito, explicada como producto de un contexto histórico determinado, puede resultar clara, y satisfactorio y suficiente lo que de él, en este aspecto, se ha escrito. Pero, alma adentro, ese caudillo es todavía un enigma cuya profundización resulta imprescindible. El muestra, por algunos rasgos, trazas paradigmáticas del hombre rioplatense. Incluso, del hombre rioplatense ciudadano. Explicarlo es explicarnos. Nuestra adhesión afectiva y vital, ya que no siempre política y social, a trazos anímicos o actos del caudillo campesino platense, ¿no es indicio de que reconocemos lo que de él perdura en nosotros, de lo que él tiene de representativo de nuestro ser más profundo? Todos llevamos, como

Sarmiento, en algún lado del alma, un gaucho secreto. Estas líneas sólo procuran subrayar la presencia de un tema, sin pretender haber entrado en él. Son solamente un esbozo, un guión que diagrama una orientación quizás no del todo inútil para pensar.

El alma del caudillo campesino platense, reitero, es un enigma. Este es, por lo menos, mi personal sentimiento ante esa figura histórica. Pero si esa alma es un enigma, la del criminal es no menos enigmática, y, además, abismal. Ante ella es fácil experimentar azoramiento, y, al mismo tiempo, una forma de atracción, aunque el sentimiento y el sentido moral se subleven. Me refiero, desde luego, no al homicida que, con o sin previa deliberación, mata en un acto pasional incontrolado. En general, los resortes síquicos que mueven, en estos casos, la mano del homicida, son fácilmente explicables y no constituyen elementos sustanciales de su ser. La motivación es más externa que íntima. El caso abismático es aquél en que el asesino actúa como mandado por fuerzas inseparables de su ser más profundo. Los casos en que, si se me tolera lo aparentemente absurdo de la expresión, el criminal responde a una vocación: a un llamado, según el sentido etimológico del término. Entrar al alma del asesino de esta clase, con todo rigor, es imprescindible para el conocimiento de lo humano. Es éste un capítulo nada desdeñable de esa ciencia que Ortega y Gasset gustaba llamar, más que antropología filosófica, conocimiento del hombre. En *Crónica de un crimen*, Zavala Muniz enfrenta al lector con uno de esos seres enigmáticos y abismales. Ese ser es Florencio Amaral (a) **El Carancho**. En la vida de **El Carancho**, hay dos horrendos hechos criminales que lo configuran como el hombre terrible y tenebroso que llegó a ser en la tradición del pago: cuando, por motivos venales, mata al gallego Ybañez; cuando, por idénticos motivos, extermina, en un rancho y en medio de la angustiante soledad de la noche campesina, a tres infelices mujeres, a las que casi ni conoce. En ambas ocasiones, actúa con una cínica frialdad que abre ante el lector un abismo de angustia y horror.

Estos dos asesinatos que arrojan de sí como relámpagos de horror son los momentos culminantes de la biografía externa, diré así, de **El Carancho**. Pero ellos, vistos en su pura exterioridad, no son suficientes para permitir el adentramiento en la textura del alma de **El Carancho**. Son de ella sólo indicios, cuyo sentido es preciso desentrañar y el autor de *Crónica de un crimen* realiza un estupendo sondeo en esa alma. Ese sondeo va hacer sentir lo que en esa alma hay de complejo y enigmático, de abismal y misterioso. También aquí, como en el caso del caudillo, algunas coordenadas de carácter social explican, dentro de ciertos límites, al crimen y al criminal. No alcanzan, sin embargo, para diafanizar la última sustancia de su ser. El espíritu de rebeldía contra un medio en que impera una situación social injusta es, una de esas coordenadas.

El mismo **Carancho** alega, al respecto, en más de una oportunidad. "Lo que hace un pobre gaucho, es crimen; la autoridad puede matarnos, y siempre es la autoridad", afirma en una ocasión. En el capítulo XV, incluso, hace **El Carancho** tan emocionado, cálido alegato denunciando la desgraciada situación del paisano uruguayo que llega a conmover al mismo juez que lo sabe asesino. Sus razones, si bien no lo justifican, no carecen de peso. El autor de *Crónica de un crimen* subraya otras de esas coordenadas, ubicando al personaje exactamente dentro del contexto social en que vive y que, en cierta medida, lo determina y explica. Pero ello, repito, no logra destruir el enigma final que es el alma de **El Carancho**. Basta destacar algunos de los perfiles de su retrato íntimo, no de su biografía externa, para sentir a la vez su complejidad y su misterio. He dicho antes, que **El Carancho** comete sus dos crímenes con una cínica frialdad que abre ante el lector un abismo de angustia. (Cuando el juez, tras la confesión, le pregunta: —"¿No tuvo lástima, en ningún momento, de aquellas infelices?", rápido y seguro **El Carancho** responde: —"No estaba allí pa eso"). Esa frialdad no es, sin embargo, falta de temperatura interior, carencia de íntimo calor vital. Todo lo contrario. Esa frialdad —que, como la del hielo, es una frialdad que quema— es consecuencia de un estupendo autodomínio. Tiene, si se me permite decirlo, algo de la ataraxia de los estoicos. Es una serenidad alcanzada (mejor: creada) mediante el continuo ejercicio de una voluntad indomable y siempre tensa. Y, como el caudillo, es capaz de ser duramente inmovible ante el dolor ajeno pero nunca se rehúsa al propio y aguanta con alma casi estoica los más atroces sufrimientos. No hay sufrimiento que no resista en el período atroz de los interrogatorios. Si este dominio de sí mismo y su inmovible serenidad ante el dolor propio y el ajeno acerean el alma de **El Carancho** a la del caudillo campesino platense, no menos lo acerean ambas almas el dominio que **El Carancho** logra sobre los otros seres a los cuales, de un modo u otro, siempre se impone. **El Mellao**, que ha querido hacerlo instrumento de su ambición, haciéndole matar a Fausta para heredar su campo, queda, al fin, atrapado por la fuerza irresistible que de **El Carancho** emana y lo hace siempre dueño de las situaciones; Franco, que coparticipa en el delito acompañando a **El Carancho** la noche del crimen, queda rápidamente doblegado ante la fuerza íntima de éste; **El Carancho** despierta incluso la admiración de quienes moralmente los condenan: durante los interrogatorios en el juzgado, el escribiente, ante aquella voluntad tensa como un cable de acero, siente nacer en sí "un inconfesado movimiento de admiración hacia aquel hombre en quien los recuerdos más crueles, eran incapaces de arrancarlo de su trágica serenidad y colocarlo en la órbita moral en que, unos más, otros menos, él siempre había visto moverse a los hombres"; para los guar-

dianes, desde que **El Carancho** ingresa a la cárcel los otros presos casi no existen, porque "tan fuerte era la emoción que transmitía su figura moral, insensible al dolor, al miedo y a la amistad, que fue como una llama viva apagando el fulgor de las pequeñas luces que lo rodeaban"; el relato de los centinelas, que narran el espectáculo de tanto dolor sufrido por **El Carancho** con "inquebrantable firmeza", hacen "olvidar la crueldad de su crimen" y conquistan para él "las almas sencillas de los ranchos". Otra cualidad, todavía, vincula el íntimo retrato de **El Carancho** con el del caudillo campesino platense: la despierta inteligencia natural, el instinto certero para penetrar al corazón mismo de las situaciones que enfrenta y hallar, en un acto mental instantáneo, la solución adecuada. En los capítulos finales del libro, se le ve enfrentando los agobiadores interrogatorios del juez, y es allí cuando esa despierta inteligencia natural brilla con fulgores más deslumbrantes. No cesa en su lucha ni aún agotado por la falta de sueño, los golpes y el cansancio, y no sólo se defiende sino que, por momentos, parece como que levanta en vilo la quebrada voluntad de sus dos cómplices, y certera, astutamente les hace ver y los pone en el camino que podría salvarlos. Hay en **El Carancho**, en esos momentos, una energía mental y un íntimo coraje parejos a los que se hacían precisos poner en juego, lanza en mano, en el entrevero, en el viril encuentro cuerpo a cuerpo, en que la vida dependía de la milimétrica destreza y del arrojo indomable. Hay algo de épico en esas escenas en que la esgrima es mental, en que no se combate con la lanza sino con la más aguzada astucia. Por último, no es precisamente coraje lo que a **El Carancho** le falta. Ciertamente mata a tres mujeres indefensas; cierto, también, que no se le ve el acto de guerra o lucha que revelen físicamente ese coraje. Pero todo en él lo denuncia. El pago entero, incluso, reconoce su arrojo y lo teme. Ya preso, ese coraje es evidente: "Si al juez hablaba con medido respeto, a los comisarios respondía con sus palabras más violentas dejando irse en ellas el odio que el dolor encendía en su alma salvaje. Y era orgullosamente feliz, cuando se turbaba la voz del policía ante su desprecio". Golpeado por un comisario, lo increpa: —"Si estuviéramos solos, no me gritarías ansina, maula". Y ante la respuesta del comisario: —"Quién más maula que vos, asesino de mujeres?", responde: —"porque no te ofreciste a dirmelo a decir cuando andaba suelto? No servís más que pa prender gurises o rateros de pueblo, desgraciao". El coraje, pues, una vez más asimila el alma de **El Carancho** con la del caudillo. El autor, a través de algunos personajes, señala esta similitud. Un soldado pregunta: —"Qué me dice, sargento, si este hombre estuviera dedicao a una cosa güena...?", y el interpelado responde: "La verdá; pa sufrir es duro como los caudillos". Y en el juzgado, cuando **El Carancho**, al fin, confiesa, el escribiente se sien-

te turbado por la "trágica llaneza" del relato, y le acude a la memoria el momento en que le oyó a un caudillo contar, "con una sonrisa en los labios bajo la blanca barba", y sin la "más leve emoción", una tremenda escena guerrera. Y el autor anota, asimilándolas, que la verdad, en los "labios fríos" de **El Carancho** y "en los bondadosos del caudillo", tenía la misma "monótona sencillez", agregando que esa sencillez era "el signo más cierto de la fuerte capacidad para la acción, virtuosa o criminal, de aquellos hombres". **El Carancho** es, en fin, la contrafigura del caudillo, pero una contrafigura que posee, orientadas hacia la acción criminal, las mismas magníficas virtudes naturales que hacia el bien orienta el caudillo. Ahí reside el enigma. ¿Por qué tan magníficas virtudes concluyen en el crimen? ¿Por qué un hombre hecho para la grandeza con-



cluye en la peor forma de la perversidad moral? Las explicaciones de orden social no alcanzan a aclarar el enigma. Otros seres, situados en idéntica situación social que **El Carancho**, y dotados de parejas energías, las canalizan de otros modos. El enigma está en el fondo de un alma. Del alma de **El Carancho**. Ahí destella con luces tenebrosas. Y haciendo aún más angustiante ese enigma, se puede todavía agregar que **El Carancho**, contrafigura del caudillo, pero con el cual comparte algunas cualidades, es, también, como éste, un tipo representativo de nuestro ser rioplatense. El anárquico trazo viril que lo delinea, no nos es ajeno. Hay algo de él que es de nosotros. En la admiración que por su personaje deja asomar, entre líneas, el autor; en la admiración que el lector mismo puede experimentar ante la figura de **El Carancho**, y que yo confieso haber experimentado, ¿no es posible sentir, un poco turbadoramente, que **El Carancho** de algún modo nos es próximo?

En *Crónica de Muniz*, el autor coloca al lector ante la imagen de la grandeza heroica,

y hace sentir intensamente el soplo épico que anima al caudillo campesino rioplatense; en **Crónica de un crimen**, muestra, si se me permite la apariencia paradójica de la expresión, un modo de grandeza negativa, evidenciada a través de un ser dotado de estupendas virtudes viriles orientadas hacia el mal. Son dos manifestaciones de fuerzas intensas. Una, espléndida, lleva adscripto un signo positivo; otra, temible, va acompañada de un signo de menos. Ante estos dos personajes, el que protagoniza **Crónica de la reja** podría parecer un alma de textura más simple, despojada de fuertes energías y sin complejidades síquicas ni auténtico misterio. No es así, sin embargo. Si a esa alma se le busca su último fondo, se verá allí también una sustancia compleja y enigmática, cuya aparente simplicidad está toda jaspeada por los más delicados estremecimientos síquicos y morales. La historia de Ricardo, protagonista de **Crónica de la reja**, es una historia de aspecto muy simple. Adolescente aún, se ve obligado, por razones económicas, a dejar su vida pueblerina y partir al campo para emplearse como dependiente de una pulpería, donde deberá convivir con "hombres de costumbres extrañas y cuyas vidas en nada se parecían a las de las tranquilas gentes de su pueblo", y de los cuales sólo tiene una visión fugaz: la que ha dejado en él el recuerdo de una mañana diáfana en que unos jinetes entraron al pueblo "ennegreciendo las casas con el barro que en las calles chapoteaban los caballos" y se detuvieron, formando círculo, en la plaza, "donde un caudillo les habló de la lucha". Entre esos hombres, que con sus arreos de guerra y expresión sombría fueron el asombro de su infancia, Ricardo vive veinte años; tiene un idilio con Maruja, hija de un caudillo y se casa con ella; llega a ser propietario de una pulpería; es nombrado juez de paz de la comarca; termina su vida, casi insólitamente, en un levantamiento revolucionario. Cuando Ricardo, casi al fin de la obra, repasa ese manso fluir que ha sido su vida, medita lo siguiente: "Toda la historia suya, gris y sin relieve, podría leerse en las líneas de sus libros de pulpero; cada capítulo se cerraba en la raya roja de un balance; allí quedaban las alegrías y los afanes de quien no quiso ser otra cosa sino un hombre humilde, alegre en el honrado trabajar (...)" Y, no obstante esas palabras, hay cuatro hechos en su vida que muestran como esa historia plana no impide que en Ricardo haya un alma estremecida y honda. El primero es la pelea con el Pardo Gil, que lo provoca y a quien enfrenta con el más sereno de los corajes y con la resignación de quien debe morir o matar contra su propia voluntad; el segundo es su intervención como juez en el juicio por el "daño" del cual, según el pago, fue víctima la hija de Paja Brava y donde se ve obligado, doloridamente, a oponerse a la superstición de gentes que lo quieren y no comprenden que absuelva a los presuntos culpables; el tercero se produce cuando, también

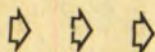
como juez, debe intervenir en el crimen cometido por don Teodoro, el carrero viejo, que, tras una vida hecha toda de bondad y mansedumbre, mata enegrecido por la injusticia de que ha sido víctima, y le crea a Ricardo el dilema moral: teniendo en cuenta la vida entera de don Teodoro y la forma en que se produjo el crimen, ¿qué es lo justo: absolverlo o condenarlo?; el cuarto suceso, que al fin determina su muerte, es el levantamiento revolucionario con el cual finaliza la obra, y al cual, sin convencimiento, se pliega Ricardo arrastrado tanto por las fuerzas del medio como por una especie de oscuro llamado ancestral. Estas cuatro situaciones son los momentos en que, por su intensidad dramática, con más preciso perfil se evidencia la interioridad de Ricardo. Esas cuatro situaciones,



muy nítidamente dibujadas por el autor, y corroborando todo lo que las demás páginas del libro evidencian, hacen ostensible que la conciencia de Ricardo se comporta como una delicadísima brújula moral, que fluctúa y vacila no por falta de decisión viril sino porque con fina sensibilidad y aguda inteligencia percibe en sí una contradicción dilaceradora. Su personal concepto de la vida (quizás, más que concepto, sentimiento y orientación vital) se asienta en un no explícitamente formulado pero osí muy claramente intuido ideal de paz y de progreso que se opone al medio cerril, impetuosamente bárbaro en que vive. Pero al mismo tiempo, siente todo lo que hay de virtual grandeza humana, de intensidad viril, de avasallante fuerza desbordada en esa ruda, casi primitiva forma de vida en la que está, como espectador, a veces, como actor obligado, otras. Y sabe, también, y siente, todo lo que hay allí, asimismo, de situación social injusta que debe ser corregida y

solicita la adhesión de un corazón honrado. Los requerimientos de estas dos solicitudes de signos contrarios (su propio sentimiento de la vida, el medio en que ella está inserta) actúan en él con pareja intensidad. La vivencia honda, y por momentos angustiante, de ésta íntima contradicción desgarrante es lo que hace compleja a esta alma que, en un plano superficial, parecería simple como agua límpida; es la que da un sesgo dramático a esta vida a primera vista gris y plana; es la que hace de Ricardo uno de los pocos personajes de nuestra narrativa en que se dan auténticas irisaciones morales; es la que evidencia que hay en Ricardo una energía vital de distinto signo a la del caudillo o la de **El Carancho** pero no por eso menos cierta: una energía que le permite llevar en vilo, y dentro de una relativa serenidad, toda una vida devorado por una íntima contradicción que hubiera derrotado a un alma menos viril y fuerte. Y de todo esto surge, asimismo, el halo de misterio que emana de la intimidad del personaje. Su misterio es el que de sí arroja toda alma que vive profundamente, y como por gravitación

fatalizada, la siempre desgarrante problematización de lo ético: La bondad moral, cuando no es impuesta por normas externas sino que surge espontáneamente como de un secreto hontanar del alma, es tan misteriosa, y conviene subrayarlo, como la perversidad, aunque ésta, con sus destellos sombríos, pueda ser, en la impresión inicial, más enigmáticamente abismante. Señalaré ahora, con respecto al personaje, una última observación. Esta situación del alma de Ricardo, oscilando entre la atracción y el rechazo de esas fuerzas intensas que lo rodean, preguntándose angustiado cómo canalizar creadoramente esas energías espléndidas en ocasiones desnorteadas, ¿no refleja nuestra misma posición íntima ante ellas, no es signo de algunas de nuestras reacciones de hoy ante nuestra propia realidad nacional? A mi juicio, sí. Por donde veo en Ricardo, como en el caudillo y **El Carancho**, un tipo representativo del ser rioplatense. El es, también, una voz que expresándose nos expresa. Una conciencia alerta puede descubrir fácilmente, en las facciones íntimas de Ricardo, algunas de nuestras propias facciones interiores.



A CHILE

LOS EDUCADORES Y AMIGOS DE
LA ESCUELA VAN A CHILE ESTE
VERANO CON EL AUSPICIO DE
LA FEDERACION URUGUAYA DEL
MAGISTERIO Y LA REVISTA DE
LA EDUCACION DEL PUEBLO.

ANUNCIA

viajes tei

RINCON 678